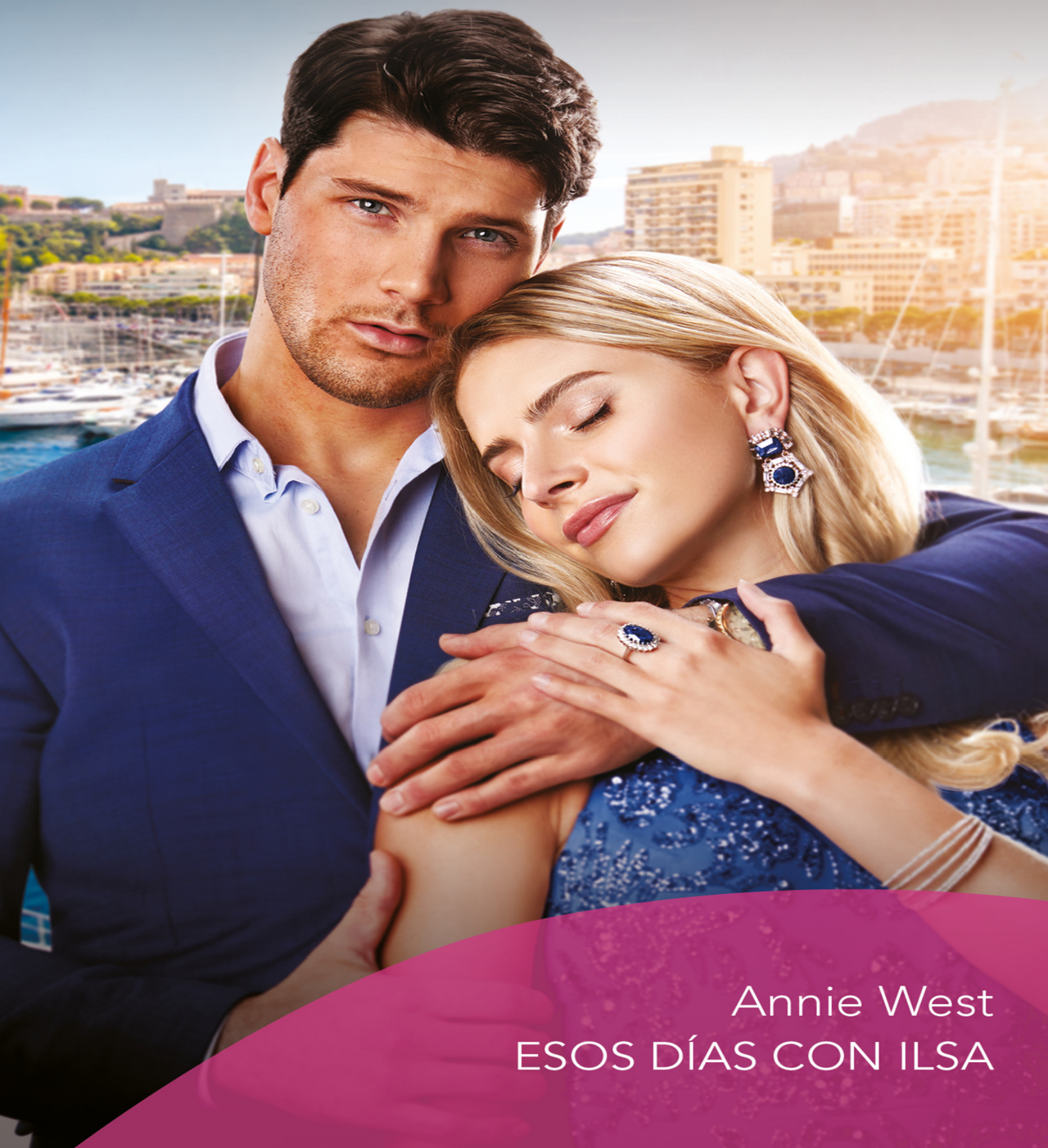


 HARLEQUIN

BiancaTM



Annie West
ESOS DÍAS CON ILSA

_____Bianca_____™

ESOS DÍAS CON ILSA

Annie West



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2022 Annie West
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Esos días con Ilsa, n.º 2971 - 30.11.22
Título original: Claiming His Virgin Princess
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1141-211-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Da igual lo guapo que sea, le odio. ¿Cómo ha podido hacerle eso a nuestra princesa? -decía una de las enfermeras-. Le ha roto el corazón y está tan triste...

-Calla, está a punto de llegar -la reconvino su compañera-. Es casi la hora y ella nunca llega tarde.

No, Ilsa nunca llegaba tarde y oyó la conversación de las enfermeras mientras entraba en el ala infantil del hospital. Había tenido una vida entera para acostumbrarse al interés del público por su vida privada, y para convencerse a sí misma de que no le molestaba, pero en realidad la sacaba de quicio.

A su lado, la directora del hospital la miró de soslayo, sonrojada, y para evitar una situación incómoda, algo que solía hacer a menudo, Ilsa señaló un mural en la pared.

-Este es nuevo, ¿verdad? No estaba aquí hace un mes.

-Así es, Alteza. En realidad, fue idea de los niños y les gusta mucho.

-Alegra mucho el pasillo.

Era una escena bucólica, con un arroyo cristalino, hadas, gnomos y todo tipo de animalitos del bosque, desde erizos a unicornios. En una esquina, el palacio real de Altbourg, que ella conocía tan bien. Frente al palacio, una figura familiar con una corona sobre el largo cabello rubio, de la mano de un hombre moreno con el uniforme verde del país vecino, Vallort.

El rey Lucien y ella, evidentemente. ¿Borraría el autor la figura de Lucien ahora que el compromiso se había roto?

Ilsa esbozó una sonrisa amarga. Y no porque hubiesen roto el compromiso, al que habían sido obligados por cuestiones diplomáticas, sino porque estaba cansada de que se lo recordasen continuamente. Cansada de ser reducida a un compromiso roto.

Y no solo un compromiso sino dos. Su primer prometido falleció en un accidente y el segundo la había rechazado porque estaba enamorado de una camarera.

Todo el mundo la veía como una figura digna de compasión.

Ilsa tuvo que hacer un esfuerzo para controlar las lágrimas. Quería que la dejaran en paz, pero se veía continuamente enfrentada a la debacle de sus fracasados planes de boda. Pero si se quedaba en el palacio, lejos de las cámaras, la gente pensaría que estaba llorando por su exprometido.

Además, sabía por experiencia que el trabajo era el mejor antídoto para la inquietud y los niños estaban esperándola. Niños cuyo valor frente a la enfermedad hacían que sus preocupaciones pareciesen mezquinas. Los niños esperaban ansiosamente sus visitas y ese era su trabajo, de modo que se volvió hacia la mujer con una sonrisa aparentemente serena, como si no tuviese una sola preocupación en el mundo.

-Cuando quiera.

Entraron en una habitación en la que dos adolescentes esperaban sentadas en sus camas. La más joven, que había perdido el pelo debido al tratamiento, tomó a toda prisa una revista y la escondió bajo la almohada.

No debería haberse molestado. El equipo de prensa del palacio la informaba a diario y, si no recordaba mal, la portada de esa revista decía: *Ilsa con el corazón roto mientras Lucien alardea de su nueva amante*. Y luego la describía a ella como «trágica» y «solitaria».

A veces desearía no tener tan buena memoria.

Cuando volvió al palacio estaba exhausta. Sonreír continuamente y mostrarse serena y encantadora era agotador cuando no habías dormido suficientes horas.

Y cuando los paparazis no dejaban de gritar preguntas indiscretas detrás del cordón de seguridad. Entre la compasión del público y las pullas de la prensa, sentía como si hubiera hecho cien apariciones públicas ese día.

Le dio las gracias al ujier que le abrió la puerta de la zona privada del palacio y en cuanto estuvo a solas se quitó los zapatos de tacón y movió los dedos de los pies. Un baño caliente la ayudaría a aliviar el nudo de tensión y calmaría su nerviosismo.

Ilsa esbozó una sonrisa triste. Las princesas no se ponían nerviosas, no podían permitirse ese lujo.

Mientras se dirigía hacia su apartamento oyó voces en el despacho del rey y se acercó para saludar a sus padres, pero algo la detuvo.

-Ilsa tiene veintisiete años, no diecisiete -estaba diciendo su madre-. Llevarla de viaje al extranjero fue lo más sensato entonces, pero hacerlo ahora...

-Pues claro que es lo más sensato. Entonces solo eran tontas fantasías románticas, pero en esta ocasión ha creado un problema para la casa real. Todo está en el aire, las tensas relaciones con Vallort, el final de las negociaciones del tratado.

Ilsa contuvo el aliento.

¿Su padre la veía como un problema para el reino de Altbourg?

Ella había trabajado mucho para servir a su país. No había rechazado el matrimonio concertado con el príncipe Justin o, cuando murió, con su sucesor, Lucien. Aunque las negociaciones de tales matrimonios la hubieran hecho sentir como si fuera un coche de segunda mano, se había tragado el orgullo y había enterrado sus sueños románticos para hacer lo que se esperaba de ella.

En cuanto a las especulaciones de la prensa, estaba haciendo todo lo posible para aplastarlas, cumpliendo con sus obligaciones diarias cuando lo que le gustaría era estar sola.

-No puedes decirlo en serio, Peter. Ilsa ama su país. Nadie ha trabajado más que ella por Altbourg y siempre ha hecho lo que le hemos pedido que hiciese.

Ilsa se llevó una mano al corazón. Al menos su madre la entendía.

-Pues claro que sí, para eso ha sido entrenada desde niña -replicó su padre.

Ilsa tragó saliva. Su padre la quería, pero ella conocía bien ese tono. Estaba pensando como un rey y eso estaba por encima de los sentimientos familiares.

-Pero en este momento Ilsa es un problema y todo sería más sencillo si desapareciese durante un tiempo.

Ilsa se mordió los labios. Ese era el pago que recibía por su lealtad, por su obediencia. Por no haber puesto nunca sus deseos por encima de todo lo demás.

A los diecisiete años había creído que el amor cambiaría su vida. Por supuesto, estaba equivocada, pero había descubierto que uno no moría de un corazón roto. Había salido de aquello más fuerte y más decidida, encontrando consuelo en el cumplimiento de sus deberes, en el cariño de su familia y en el respeto de su gente.

Pero ahora su gente se compadecía de ella, los periodistas le hacían preguntas indiscretas y malintencionadas y su familia...

Ilsa parpadeó. Mejor no pensar en ello.

Se había pasado la vida haciendo lo que se esperaba de ella. La formal Ilsa, la amable princesa que suavizaba el rostro de la monarquía de Altbourg y alimentaba el anhelo de la gente por un cuento de hadas.

Pero ella era algo más que un rostro bonito para las voraces revistas. Más que una elegante anfitriona, una embajadora o un peón dinástico.

Su futuro había sido organizado para ella desde que nació y ahora, abruptamente, ese futuro se había desintegrado, dejándola sin rumbo y, si su padre tenía razón, siendo un estorbo.

Tal vez era por eso por lo que llevaba tanto tiempo sintiéndose inquieta. No, más que inquieta. Se sentía vacía, como una cáscara sin sustancia. ¿Cuándo había hecho algo que ella quisiera hacer, algo que no estuviese en la agenda?

De repente, quería escapar de allí, olvidarse de las obligaciones y las expectativas aunque solo fuese durante unos días.

Quería probar la libertad.

Necesitaba hacerlo.

Capítulo 1

Noah asintió, distraído, mientras el hombre que estaba sentado a su lado intentaba venderle una propuesta de negocios. El elegante club náutico de Mónaco estaba lleno de gente, aunque entendía la necesidad de aprovechar cualquier oportunidad para interesar a posibles inversores cuando estabas intentando levantar una empresa. Además, la idea era interesante, pero no era ni el sitio ni el momento.

Y no estaba prestando la debida atención porque no podía dejar de mirar la pista de baile, llena de gente guapa o lo bastante rica como para hacerse pasar por guapa. Los mayores bailaban con gesto circunspecto, los más jóvenes, conscientes de ser objeto de atención, bailaban sin freno, pero solo una mujer llamaba su atención.

Como las demás, era guapa y rica, pero parecía totalmente absorta en la música, sin fijarse en nada más. Y no era solo eso lo que la hacía diferente.

Con un vestido de lentejuelas color azul cobalto, los labios rojos y el pelo dorado volando alrededor de los hombros, era la tentación hecha carne.

No había podido dejar de pensar en ella desde el día anterior, aunque entonces había mantenido las distancias deliberadamente.

Ilsa de Altbourg, el reino alpino famoso por sus pistas de esquí, sus bancos, sus empresas de robótica y sus

pintorescas tradiciones monárquicas.

La princesa Ilsa.

Noah conocía a muchas mujeres ricas, pero tenía un acendrado prejuicio contra las estiradas que creían que el dinero heredado las convertía en seres superiores. Y, con toda seguridad, una princesa sería de esas.

Sin embargo, durante el almuerzo benéfico el día anterior había tenido dudas.

Ilsa era serena y elegante, todo lo que uno podía esperar de una princesa. Y guapísima, si te gustaban las rubias de hielo, pero algo más había despertado su interés, un cierto aire de fragilidad.

Aunque era absurdo, claro. Había aceptado dirigir una subasta benéfica cuando el maestro de ceremonias se puso enfermo y estaba en su elemento con aquel grupo de ricos ociosos, pero el instinto le decía que era algo más que una caprichosa princesa y había pasado todo el almuerzo mirándola, cautivado a pesar de sí mismo.

Curiosamente, la princesa también lo había observado, aunque intentaba disimular. Sus miradas se habían encontrado en varias ocasiones y cada vez que ocurría Noah sentía un escalofrío en la espina dorsal y un primitivo deseo entre las piernas.

Sus miradas no habían sido coquetas en absoluto. Al contrario, eran mesuradas, contenidas. Mientras las voces subían de tono a medida que el champán circulaba por las mesas, Ilsa de Altbourg parecía tan serena y compuesta al final del almuerzo como al principio.

Esa noche, sin embargo, no parecía serena y compuesta.

Noah miró el largo pelo rubio que acariciaba sus hombros mientras bailaba en la pista y tuvo que cambiar de postura. Su sangre marcaba un ritmo primitivo que no tenía nada que ver con la música sino con ella.

Una mujer que ni siquiera se molestaba en mirarlo.

Una mujer que no debería ser su tipo.

-¿Señor Carson? Con unos fondos para poner el proyecto en marcha podríamos...

Noah giró la cabeza.

-Estoy interesado en saber algo más, pero no ahora mismo. Envíeme un correo con su proposición esta semana y mi equipo lo estudiará.

Después de despedirse, Noah se dirigió a la pista.

Él no era un hombre que ignorase su instinto y era hora de conocer a la mujer cuyo recuerdo lo había perseguido durante las últimas veinticuatro horas.

Él estaba mirándola. Ilsa sentía el calor de su mirada como un puntero láser a través de la tela del vestido. Era el hombre de anchos hombros y enigmática mirada al que había visto el día anterior en el almuerzo benéfico.

No le había preguntado a nadie por su identidad porque no quería saberlo. Sin embargo, lo había buscado con la mirada una y otra vez.

La orquesta dejó de tocar en ese momento e Ilsa dejó de bailar. Su breve interludio consigo misma, perdiéndose en el ritmo de la música, había terminado y era hora de volver al mundo real.

Aunque se sintiese diferente. Tal vez porque llevaba el pelo suelto y un vestido por la mitad del muslo, algo muy poco habitual en ella. Intentó imaginar la cara de su padre si pudiese verla en ese momento y tuvo que contener la risa.

-¿Quiere bailar conmigo?

La voz ronca, varonil, la dejó momentáneamente sin respiración.

Curiosamente, esa voz sonaba familiar, como si la hubiese oído antes. En sus sueños tal vez.

Ilsa se dio la vuelta, pero estuvo a punto de dar un paso atrás al verlo tan cerca. La piel morena, la mandíbula cuadrada con un hoyito en la barbilla y una boca amplia, sensual. Era él, por supuesto.

Una vocecita la urgía a salir corriendo, pero otra vocecita le decía: «quédate».

Ilsa levantó la cabeza y se encontró con los ojos más extraordinarios que había visto nunca. Bajo unas cejas negras bien arqueadas, sus ojos eran de color turquesa, ni azules ni verdes sino algo entre medias. Unos ojos claros, luminosos y penetrantes.

Era comprensible que las mujeres no dejaran de mirarlo y buscar su atención. De cerca era impresionante y carismático.

-¿Alteza?

Ilsa frunció el ceño.

Durante un segundo había imaginado que se sentían atraídos por una fuerza irresistible, por una profunda e inexplicable compulsión. Por supuesto, no existía tal cosa. Él sabía quién era y quería bailar con una princesa, tal vez para hacer convenientes contactos.

Ilsa esbozó una sonrisa de princesa, compuesta y elegante.

-Me temo que llega demasiado tarde. La música ha terminado y...

Las luces se atenuaron en ese momento y la orquesta volvió a tocar mientras él enarcaba las cejas esbozando una sonrisa.

Una sonrisa que la golpeó como un rayo. Él había pedido a la orquesta que tocara esa canción y que bajasen las luces.

Para bailar con ella.

La confirmación estaba en el brillo de sus ojos, aunque no era un brillo de satisfacción sino de seguridad en sí mismo que resultaba poderosamente atractivo.

Ilsa tomó aire, diciéndose a sí misma que solo era otro hombre en busca de un coqueteo con una princesa, pero al hacerlo le llegó su aroma, algo masculino y excitante que aceleró su corazón y enloqueció sus hormonas.